

—Pero ¿cómo es eso posible—interrumpió Pío Cid,—si aquí casi nadie sabe leer?

—Saben cuando les conviene—contestó el cura,—y si no leen, oyen. Yo he visto con estos ojos que han de comerse la tierra, libros pornográficos con pinturas asquerosas, cuya vista sola ponía el pelo de punta: y esos libros los compraba y los daba á leer ese mismo alcalde infame; él decía que para ilustrar á sus gobernados; en realidad, con el siniestro designio de desmoralizar al pueblo, de arrojar en él la cizaña más perniciosa, la de la lujuria, con lo cual convirtió estos lugares en una repugnante letrina. En fin, todo sea por Dios, hoy parece que mejoramos. Este D. Federico es siquiera buen católico y ha tomado á pechos restaurar el fuero de la religión. Porque aquí ya no iba nadie á la iglesia; los hombres por ser hombres, y las mujeres por no malquistarse con sus maridos. Iban algunas pobres viejas, y pare usted de contar. Ahora, este alcalde ha dispuesto que los domingos los escopeteros del pueblo cierren todas las entradas y salidas, para que nadie pueda irse sin haber cumplido antes sus deberes religiosos.

—Y ¿produce efecto ese rigor?—preguntó Pío Cid, á quien le hacía gracia el candor con que Don Esteban celebraba este recurso á la fuerza armada para restaurar el imperio de la fe á escopetazo limpio.

—Le diré á usted—contestó el cura;—hay algunos tan pícaros que se escapan por las bar-

das de los corrales por burlar á la autoridad; pero la mayoría ha comprendido la razón, y empieza á ir á misa y á oír mis sermones. Esto es todo lo que yo deseo, pues siquiera, escuchándome hay esperanza de que vuelvan al redil que en mal hora abandonaron. Le aseguro á usted, señor D. Pío—añadió el cura haciendo un gesto de dolor al intentar ponerse de pie,—que la misión más penosa que pueda caberle á un hombre en nuestros días, es tener á su cargo la cura de almas.....

—¿Qué es eso?—preguntó Pío Cid, notando el gesto de D. Esteban.—¿Está usted enfermo?

—No es cosa nueva—contestó el cura:—son unas pícaras hemorroides que no me dejan ni descansar á gusto. También hay aquí la calamidad de que tenemos un médico del año 40, que no atina casi nunca. Á mí me está recetando desde Año Nuevo, y creo que cada día voy peor.

—¿Se figura usted—preguntó Pío Cid—que el año 40 no se sabía curar lo mismo que ahora? Diga usted que el médico no habrá acertado, porque la enfermedad que usted tiene quizás se cura ahora lo mismo que en tiempo de Hipócrates.

—¿Conoce usted alguna receta?—preguntó el cura.

—No es menester receta, puesto que conozco un aforismo muy sabio, que á usted no le será desconocido tampoco, aquel que dice: *Sublata causa, tollitur effectus*. Á mi juicio, las almo-

rranas que usted padece provienen de la vida sedentaria que hace, y desaparecerían si dedicara usted todos los días una ó dos horas á pasear por el campo. ¿No le gusta á usted cazar?

—¿Como quiere usted—exclamó el cura—que yo use armas de fuego?

—No hablo de la caza con escopeta—replicó Pío Cid.—Hay también la caza de pájaros vivos con arbolillo; y en lo alto de *Los Castaños* hay un soto que está siempre plagado de verdones y colorines. Con ir y volver ya tiene usted un paseo de dos horas, y no un paseo tonto, sino entretenido, con las peripecias de la caza. Pepillo, el hijo del tío Rogerio, podrá llevarle á usted el arbolillo y las jaulas.

—Pero ¿cómo sabe usted que viene aquí Pepillo?—preguntó el cura.

—Me lo ha dicho su hermana Rosarico, á la que encontré en la Fuente de los Garbanzos—contestó Pío Cid.—Por cierto que me parece que la muchacha esa tiene unos amoríos con cierto sujeto..... Usted estará enterado de la historia.

—En efecto, con uno de los Tomasines. Bastante se ha hablado de eso y no para bien; porque el Tomasín está publicando por ahí á la pobre muchacha, y como él no se case con ella, mal vamos. Hay cierta rivalidad antigua entre los Tomasines y los Rogerios; y como los unos están ahora muy subidos de punto, y los otros á la cuarta pregunta, el padre de To-

masín no consiente en el casamiento; y el hijo, por salirse con la suya, porque quiere á la muchacha, le está quitando el crédito... ¿Qué le parece á usted? Días pasados le decía yo á ese facineroso: «Pero ven acá, infame, ¿no sabes lo que dice la copla aquella: «¿Para qué enturbias el agua—que has de venir á beber?» ¿No es innoble, ruin y hasta criminal lo que estás haciendo?» ¡Ah, señor D. Pío, está usted en el pueblo media hora, y ya empieza á ver y á oír; si estuviera medio año saldría huyendo á uña de caballo, y al huir, sin volver la vista atrás, renegaría de esta tierra *per saecula saeculorum*, amén!

—No haya temor de que esto suceda—dijo Pío Cid, — porque me voy el domingo. Y ahora voy á preguntarle, aunque la pregunta es ociosa, si colocaron la lápida que yo dejé encargada para el panteón de mi familia.

—La trajeron—contestó el cura,—y yo mismo estuve presente cuando la colocaron, como le ofrecí á usted. Ahora mismo, puesto que no está lejos, vamos á ir, si usted quiere, al camposanto. Así comenzaré á hacer el ejercicio que usted me recomienda.

Se puso D. Esteban su bonete, cogió un paraguas rojo, muy descolorido, que en caso necesario servía también de quitasol, y encargó á la criada que le buscara las llaves del cementerio y se las llevara allá, mientras él y Pío Cid iban de camino, hablando de cosas del pueblo, que si fuera á contarlas todas

aquí, no acabaría nunca. Pío Cid se cercioró de que su panteón de familia, que por cierto era el único de Aldamar que mereciera este nombre, estaba muy bien atendido y conservado, por lo que dió gracias á D. Esteban, el cual entonces dió comienzo á una segunda jermiada, no para llorar los males presentes, sino para deplorar los bienes pasados.

—Yo no alcancé á conocer los tiempos de ustedes—dijo;—pero algo más valía el pueblo cuando los Cides que están en este sepulcro vivían y eran los amos de Aldamar. Todo aquello se disolvió como la sal en el agua, es decir, algo peor; cayó en manos de advenedizos que sólo miran por su medro personal. Sus padres de usted, no trato de inculparles, fueron los primeros que abandonaron sus posesiones para ir á la capital. Le dieron á usted carrera, y usted ¿qué hizo? Desligarse en absoluto de su pueblo y disipar su fortuna, yo no sé cómo. Así ocurre que nadie puede alzar la voz contra las calamidades que nos afligen, porque en este asunto se puede decir también: «Todos en él pusisteis vuestras manos.....» Por cierto—añadió el cura después de una pausa, y sin que Pío Cid alegara para disculparse ninguna razón de las muchas que podía alegar,—que ya que hablo de su familia de usted, le voy á hacer una pregunta respecto de su linaje. Yo soy aficionado á sacar genealogías, y he compuesto desde su origen la de ustedes que se remonta al siglo XVI ó comien-

zos del XVII, en que se estableció en Aldamar el primer Cid, que era burgalés de nacimiento y de pura estirpe castellana. Todos los descendientes de este Cid nacieron en este pueblo, excepto usted, que nació en Granada, y que, por lo que veo, va á ser el último de su casta. Es decir, aunque dejara hijos lo sería, porque el apellido Cid lo lleva usted ya en segundo lugar, y se perdería al pasar á su descendencia. Pero voy á mi pregunta. Así como por parte de madre conozco el árbol genealógico de usted, por parte de padre no he podido averiguar gran cosa, porque su padre se estableció aquí después de casado. Según aparece de los registros, era natural de Adra.....

—Yo no sé gran cosa de mi progenie—contestó Pío Cid.—La tradición esa de los Cides sí la conocía, y respecto de mi padre, sólo sé que, aunque nació en Adra, era levantino de origen. Esto es seguro, porque la fortuna de mi padre procedía de un hermano suyo, que murió sin hijos, dejándole por único heredero de un gran capital, invertido casi todo en un negocio considerable de exportación de vinos en Alicante. Mi padre siguió algún tiempo el negocio, valiéndose de administradores, y, por último, lo liquidó de mala manera antes que se lo echaran por completo á perder. No creo que si entrara usted en investigaciones descubriera muchos pergaminos en mi rama paterna; estoy más bien por pensar que fueron gente pobre, pues mi padre, antes de casarse,

era maestro bodeguero, y sabía llenar de vino una bodega con sólo que le pusieran agua á mano y le dejaran mezclar polvos y tinturas, que él mismo preparaba como si fuera químico de profesión. Esto no quita para que fuera un caballero perfecto, como lo probó cuando le vino la herencia. En menos que tardo yo en decirlo se transformó como gusano que se cambia en mariposa, y del bodeguero listo y de ancha conciencia salió un señorón en el que no había medio de descubrir la hilaza, y un hombre de bien á carta cabal. Claro está que en materia de finura nunca le llegó á mi madre al tobillo; pero con sólo que mi madre consintiera el casarse con él, está dicho que mi padre era un hombre de mérito. Esto es todo lo que le puedo decir de mi linaje.

—Le doy á usted las gracias por sus informes—dijo el cura.—Usted no sabe el interés que tienen para mí estos estudios, que á otros les parecen cosa de pasatiempo. Es curiosísimo averiguar, como yo he averiguado, el origen de muchos apellidos de esta comarca, casi todos los cuales proceden de Castilla y de Galicia. Así, por ejemplo, mi apellido, que es Chiroza, viene de un Quiroga gallego. Vea usted qué cambios ortográficos tan caprichosos. Yo he encontrado Quirugas, Chirugas, Quirozás y Chirozas, y todos, todos no son más que variantes del apellido originario, adulterado por la mala pronunciación de la gente del pueblo. Le repito á usted que es

interesantísimo el estudio de las genealogías.

De vuelta á casa del cura, despidióse de él Pío Cid, y se fué á visitar á los Tomasines, que eran hijos y nietos del Tomasín primitivo, capataz de *Los Castaños* en tiempo de los Cides; no tardó en averiguar que el difamador de Rosarico era hijo de Blas Tomasín, é inmediatamente formó propósito de emplear su influencia en beneficio de la buena muchacha. Pío Cid conocía muy bien el terreno que pisaba, y le bastó cruzar algunas palabras con Rosarico para comprender que la criatura estaba enamorada, y más aún que enamorada, gravemente comprometida.

—Si hubiera sólo un pique amoroso—pensó Pío Cid,—Rosarico hubiera entrado conmigo en el pueblo por darle cantaleta á su novio; esto lo sabe hacer hasta la mozuela más ramplona y palurda. Cuando temió que la vieran es que él es el que manda, y un hombre sólo manda cuando la mujer ha perdido los estribos. Así, pues, las difamaciones del Tomasín debían tener más de verdad que de mentira, y si no se apresuraba la boda, corría Rosarico grave riesgo de salir luego con un siete-mesino.

Esta negociación matrimonial, que para otro sería asunto despreciable é indigno de fijar en él la atención, era para Pío Cid más importante que su elección; porque le había gustado ver á Rosarico venir á buscar agua

para que sus padres ancianos pudieran roer los garbancejos.

—Aquí no hay más que un arreglo—se decía Pío Cid:—para que Blas Tomasín ceda, hay que cegarle por el interés, porque otro lenguaje sería música celestial. Á mí no me quedan ya más que unos cincuenta duros, y si abro la mano voy á tener que volver á Madrid de limosna; pero por algo se dice que donde mucho hubo, algo queda; ahora recuerdo que, cuando vine la vez anterior, el registrador me habló de la compra de los censos que mi familia tenía. Yo entonces no le hice caso, y los dichos censos me van á prestar hoy un brillante servicio.

Esto que decía Pío Cid era verdad, pues, según parece, D.^a Concha, que consintió en venderlo todo, no quiso enajenar los censos, porque le había oído decir á su madre que era lo único que restaba del antiguo señorío que los Cides ejercían sobre Aldamar, y que había que conservarlos eternamente, si era posible, aunque no se cobrara, como no se cobraba, el canon anual. Hay que advertir que, aunque los censos eran más de cien, muchos se habían trasconejado en los registros, y los que quedaban eran el que más de catorce reales al año, y algunos consistían sólo en una gallina. Pero aunque la renta fuera de un millón de reales, Pío Cid la hubiera regalado: tal era el despego que tenía á la propiedad; y aunque la renta fuera de unos cuantos ochavos, los To-

masines la aceptarían con júbilo por el prestigio señorial que á ella iba anejo. No se anduvo Pío Cid con medias palabras, sino que al ver á Blas Tomasín y á su hijo, á los que tuvieron que ir á buscar al campo para que vieran á hablar con su amo antiguo, les estrechó las manos muy campechanamente y les dijo de buenas á primeras:

—Estoy muy disgustado con vosotros, en particular con este mozuelo, porque no he hecho más que llegar, y ya me he enterado de que anda por ahí poniendo por los suelos á una muchacha muy decente, y á la que debíais tener más consideración, siquiera por ser hija de un buen hombre, que ha pasado casi toda su vida en el cortijo con todos vosotros. Esto es indigno; y como yo no tolero que se cometan indignidades donde yo estoy, he decidido, y lo haré sin demora, regalarle á Rosarico los censos que tengo aquí perdidos, y que representan al año un puñado de duros. Ya verás tú cuando se sepa si acuden como moscas los golosos. Así los habrá—agregó Pío Cid, juntando las yemas de los dedos, y uniéndolas y separándolas muchas veces con gran presteza, —así los habrá, y tú te vas á quedar con tres palmos de narices. No me extraña—prosiguió con indignación aparente, puesto que sabía que la causa estaba ganada—que tu hijo le dé como le da á la sin hueso, porque todos los Tomasines habéis sido siempre muy largos de lengua, y «de casta le viene al galgo el ser ra-

bilargo»; pero al fin, tu hijo es todavía una criatura sin reflexión, y tú eres el que debías corregirle, y si no lo haces, eres peor que él. Quizás te extrañará que yo me tome tanta calor por lo que no me va ni me viene; pero me va en ello más de lo que os podéis figurar, y punto redondo. Conque pongamos las cartas boca arriba; yo no he dicho todavía á nadie mi pensamiento; si este caballere se casa con la Rosarico, ya sabéis cuál es mi regalo de boda; así, nadie tiene que decir que el matrimonio ha sido por interés; si no, yo haré lo que me parezca, sin dar más explicaciones.

—Don Pío, me ha dejao osté atortolao—dijo Blas Tomasín.—Bien sabe Dios que lo que yo siento más en el mundo es que osté reniegue de nosotros, y la verdad, me ha dejao osté jecho un pan. Empués de tanto tiempo sin verlo, que tenga yo que oír lo que oigo..... Vamos—exclanó encarándose con su hijo,—quítate de elante, bandío, que maldigo jasta la hora en que te di el ser que tienes. Yo le juro á osté, D. Pío, por estas cruces de Dios, que no sé ná de esas jablaurías, naíca, se lo juro cien veces pares.

—No hay que echar maldiciones—dijo Pío Cid,—porque algunas veces alcanzan. Lo que hay que hacer es reparar el mal que se ha hecho; y cuando un hombre le quita el crédito á una mujer, debe casarse con ella: si es verdad, por ser verdad, y si es mentira con mayor razón.

—¿Qué dices tú á esto?—preguntó Tomasín á su hijo.—Habla, hombre, que paeces una lechuza con esa cara tan espantá.

El muchacho no contestó nada, porque no quería descubrir la comedia de su padre, que era el que se había opuesto á sus relaciones con la hija del tío Rogerio y el que le había lanzado en el camino de las difamaciones, medio que suele producir buenos resultados para arreglar bodas imposibles.

—Yo le conozco en la cara—dijo Pío Cid—que está arrepentido de su mala acción, y que si le dejan se casará con Rosarico sin replicar.

—Yo por mí—añadió el padre,—jago lo mesmo que Pilatos. Los hijos han de casarse á su gusto, para que, si les sale mal, se aguanten y no vengan luego con dolamas.

—Pues entonces no hay más que dar un sí ó un no—dijo Pío Cid, dirigiéndose al Tomasínillo;—contesta de una vez, y sepa yo á qué atenerme.

—Yo—contestó el muchacho—no tengo más voluntá que la de osté; y si osté me dice que me tire por un tajo de cabeza, me tiro, y cruz y luz.

—No se trata de mi voluntad, sino de la tuya—replicó Pío Cid;—y yo no te digo que te tires por un tajo, sino que te cases con una mujer que ha sido tu novia y que cuando lo fué sería porque te gustaba.

—Me gustaba y me gusta, sí, señor—dijo el

muchacho,—y me casaré con ella manque sea para ir á pedir limosna.

—Pues estamos hablando en tonto—concluyó Pío Cid,—porque todos estamos de acuerdo. Y lo que yo saco en limpio es que tú has hablado mal de tu novia por vengarte de algo que ella te habrá hecho, y que, aunque yo no hubiera metido mano en el asunto, tu fin era casarte con la Rogerilla. Lo único que has ganado es que ahora te vas á encontrar con una ganga que no esperabas; casi estaba por volverme atrás para castigar tus habladurías; pero no, la promesa se cumple, y sin comerlo ni beberlo te alzas con los censos y me heredas sin morirme. Tú debes haber nacido de pies.

Así terminó la notable entrevista y Pío Cid se fué á casa de los Rogerios pasando antes por la del secretario, para que el tío Rentero le acompañase. Entretanto, Blas Tomasín ponía á su mujer al corriente de lo ocurrido, aunque ésta estaba ya en autos, pues no había dejado de entrar y salir con diversos pretextos, y al refilón había cogido gran parte del coloquio. Y cuentan las crónicas que la mujer de Blas era tan mal pensada, que lo primero que le dijo á su marido fué:

—Esto te servirá pa que veas que yo no me mamo el deo, y que cuando yo te decía que entre el señorito y la Roqueta hubo lo que hubo.....

—No digas esatinos, mujer—interrumpió

Blas;—si la Roqueta andaba ya por los cuarenta cuando el señorito escomenzó á mocear.

—Antes ó empués fué siempre el señorito un tuno—replicó la Tomasina,—y perdía el sentío en cuanto que veía unas naguas. Yo no quieo que por mí paezga nadie, pero la Roqueta era de las de mátalas callando. ¿Porqué si no, vamos á ver, iba D. Pío á regalar, así porque sí, la única propieá que le quea? Si le tira la hija es porque le tiró la madre, y no pondría yo las manos en el fuego porque la Rosarico no sea ¿quién sabe? hija.....

—¡Jesú, María y José!—exclamó Blas;—calla esa boca, que hay días que paeces un escorpión.

—Yo lo que digo—insistió la Tomasina,—es que la Rosarico es la más fina de su casa, y que el aire suyo es de señorío, que á los Rogerios no hay por dónde les venga.

—Mujer, no icías eso enantes—reflexionó Blas,—que no querías que tu hijo se casara porque la Rosarico era mu bestia.

—Como que no la han educao—replicó la Tomasina;—pero eso ¿qué tié que ver con la fisonomía de la cara?

—Pus yo te digo—sentenció Blas para concluir la conversación—que sería mucha honra emparentar con los Cíes, pero que la Roqueta ha sío siempre una mujer honrá, y que lo que tú dices son figuraciones.

Al mismo tiempo que los padres tenían estas razones, el hijo corría como un gamo á

casa de los Rogerios. Vió á la puerta á la tía Roqueta, y rodeó un poco para entrar por la espalda de la casa, saltando un salve de saúcos que servía de cerca al corral. Allí encontró á Rosarico tendiendo unos trapos, y se abrazó á ella, diciéndole con el poco aliento que le quedaba:

—Ya eres mi mujer, Rosarico. Ahora sí que va de veras.

—Tú estás loco—exclamó ella, desasiéndose asustada.

—Lo que estoy—contestó Tomasín,—es que la alegría no me cabe en el cuerpo. No pienses que vengo trastornao. Ha sío cosa de D. Pío, el hijo de los amos, que ha convenció á mi padre; y además nus regala los censos del pueblo pa los dos.

—Vaya, que me dejas pasmá—dijo Rosarico.—Ese señor me ha traío hoy en su mulo dende la fuente, y tié cara de ser un santo. Pero ¿cómo se ha enterao?

—Se ha enterao—contestó Tomasín,—y le ha echao á mi padre un sermón, que quisiera que hubiás estao allí, detrás de la puerta.

—Tu padre es un avaricioso—dijo Rosarico,—y habrá consentío por los intereses. Y á tí no debía yo quererte ahora, y debía escupirte á la cara por las perrerías que me has hecho.

—Yo lo hacía pa que nus casaran. No me guardes rancuña.

—Toos los hombres sois unos pillos—insistió Rosarico,—y tú no te queas atrás.

—Güeno, mujer—dijo Tomasín,—vamos á contárselo á tu madre, y pelillos á la mar.

La vieja Roqueta oyó la noticia haciéndose cruces, porque cuando supo por su hija la llegada de Pío Cid, pensó ir á hablar con él y contarle lo que ocurría, para que tomara cartas en el asunto y obligase al Tomasín á tapar la falta antes que se descubriera más y no hubiera medio de cerrarles la boca á las gentes.

—No hay dúa—dijo la vieja—que el señorito Pío tiene alguien que le sopla too lo que pasa, porque esto paece cosa de brujería. ¡Quién había de pensar la cabeza que ha sacao! Yo le di veces cuando su madre lo criaba, y de chico paece un tontorrón.

No tardó en presentarse Pío Cid, y tanto él como el tío Rentero, fueron agasajados como príncipes. La tía Roqueta le hablaba de tú por tú, porque ya no podía acostumbrarse á llamarle de usted, aunque le imponía la estatura y la larga barba del que ella había visto en pañales. En cuanto á la Rosarico, aunque ella no lo decía y procuraba parecer serena, lo cierto es que no podía mirar á Pío Cid sin echarse á temblar, no de miedo, sino de algo que andaba muy cerca de la veneración. Hasta bien entrada la noche estuvo Pío Cid con aquella pobre familia, porque quiso esperar á que todos fuesen llegando, para conocerlos á todos y echar un párrafo con el tío Rogerio, con quien en su juventud había hecho más de un viaje desde Aldamar á Granada. También

vino por la noche Blas Tomasín y su mujer, y allí quedó concertada la boda y que desde el primer domingo empezaran á correr las amonestaciones. Pío Cid encargó que le avisaran al notario, que aunque lo era de Aldamar vivía en Seronete por haberse casado allí con una ricacha, para otorgar al día siguiente la escritura de los censos, y el tío Rentero, que deseaba ver á su hija Polonia, se prestó á desempeñar la comisión.

Esta liberalidad de Pío Cid le fué provechosa, porque en los breves momentos que habló con el notario se captó sus simpatías y le interesó, sin pretenderlo, en la contienda electoral. Según dijo D. Félix, que así se llamaba el notario, D. Crispulo, el cura de La Rabiola, había metido el cisma en Seronete, haciendo propaganda á favor de Pío Cid, y al marcharse había dejado como jefe de los anticanaveralistas á D. Cecilio Ciruela, maestro del pueblo, el cual estaba mal con las autoridades porque no cobraba el sueldo hacía una infinidad de años. Don Félix no era tampoco muy amigo de D. Carlos, y prometió espontáneamente votar él, con todos sus amigos y dependientes, á favor de Pío Cid, aunque éste le dijo que no le gustaba encizañar á las gentes, y que así como le parecía muy mal que don Carlos estuviese en Aldamar repartiendo dinero y haciendo promesas imposibles, no le parecía bien ir él al pueblo de su adversario á hacer trabajos de zapa. Bien que estuviera dis-

traído en sus asuntos particulares, no dejaba de notar los manejos de sus contrarios, ni que éstos estaban favorecidos abiertamente por el alcalde, y solapadamente por el secretario, que se vendía como amigo de Pío Cid. Pero no se inquietó por ello, porque sabía que sólo le faltaban siete votos, y éstos los hallaría él al volver de una esquina. Ramón Barajas, por cubrir el papel, le hacía algunas reflexiones acerca de las funestas consecuencias que podía acarrearle su abandono.

—La elección se aproxima—le dijo—y hay que moverse. Hay que reunir á los electores y pronunciarles un discurso..... Yo le daré á usted la pauta, no porque usted la necesite, sino para que sepa cuáles son las aspiraciones del pueblo..... El barrio alto quiere que le pongan un estanco para no ser menos.....

—Voto en contra del estanco—interrumpió Pío Cid.—El fumar es un vicio tonto que no conviene prohibirlo, ni tampoco fomentarlo. Hasta ahora nadie se habrá quedado sin fumar porque haya un solo estanco; si se ponen dos, se fumará más, y más dinero se irá en humo.

—¿Y los caminos?—preguntó Barajas torciendo el gesto.—En una región eminentemente agrícola.....

—En una región eminentemente agrícola—interrumpió Pío Cid,—lo que hace falta es trabajar eminentemente en el campo, y no intrigar, que es lo que usted hace.

—Don Pío, ¡por Dios! — exclamó Barajas.

—¿Cree usted—prosiguió Pío Cid—que yo he venido á Aldamar para que usted juegue conmigo? Sepa usted que la elección la ha hecho ya quien puede, y que yo no tengo necesidad de usted. Sepa usted que estoy enterado de que el alcalde, á quien no he visto ni quiero ver, está de acuerdo con los Cañaverales, porque D. Carlos le ha ofrecido traerle de Madrid un sombrero para su hija, para que vaya á Granada estas fiestas del Corpus.

—Eso es verdad—interrumpió Barajas,—y es cierto también, y usted quizás no lo sepa, que le ha ofrecido, además del sombrerillo, un cinto de siete hebillas, igual que otro que D. Carlos tiene, y que dice que lo compró en Madrid en la calle de Preciados. Ya ve usted si estoy al corriente de todo, y este detalle del cinto es quizás lo que más ha decidido á don Federo, porque está disgustado de tener un buche que hasta le molesta para andar.

—Pues razón de más—dijo Pío Cid—para que yo no quiera verle; porque no me gustan los hombres buchones.

—¿Y el juez municipal?—preguntó Barajas.—Ese está por usted y ha venido dos veces á buscarle.

—Ese es un mal sujeto—contestó Pío Cid,—y se me ha puesto no recibirle. Y, en resúmdas cuentas, le he dicho á usted, y le repito, que la elección está ya hecha y que no necesito de ustedes.

—No son esas mis noticias—dijo el socarrón de Barajas.—Yo creía que le faltaban á usted algunos votos y que la elección se ha de decidir aquí..... porque con Seronete no hay que contar para nada.

—Y ¿cree usted—preguntó Pío Cid—que los contados votos que me faltan no los tengo yo seguros sin salir de la familia de los Tomasines, que es más larga que una sogá? Y aunque por sus trapacerías de usted no obtuviera yo aquí ni un voto, ¿no es mucho hablar eso de que con Seronete no hay que contar para nada? ¿Cree usted ser el único trapalón que hay en España, y que Aldamar tiene el privilegio de las miserables envidias contra sus propios hijos? Lo mismo que ustedes me harán á mí una trastada por ser yo de aquí, en Seronete se la harán á Cañaverál por ser él de allí. Lo natural sería que los pueblos apoyasen á sus hijos, y no á los del vecino; pero quiere decir que si apoyan á los del vecino y no á los suyos, como todos caen en la misma falta, lo que se pierde por un lado se gana por otro, y no hay porqué lamentarse. Para terminar, amigo Barajas, porque este tema me incomoda: yo sé que usted hace á dos caras, y le comunico, para que luego no le coja de nuevas, que si gano la elección le quito á usted la secretaría. Al alcalde no le haré nada á pesar del buche, porque siquiera es franco y me hace la guerra á cara descubierta; pero á usted le quito la secretaría, y si no, al tiempo.

Con estas amenazas estaba el secretario que no le llegaba la camisa al cuerpo; pero su amor á la intriga era tal, que no se decidió á jugar limpio. Seguía de acuerdo con Cañaveras, y la noche antes de la elección quiso hacer ver que echaba el resto por Pío Cid, y reunió en su casa á los amigos de éste para obsequiarles con un gran convite, en que hubo vino y aguardiente en abundancia. Para amenizar la fiesta, aparte el discurso que él había preparado, quiso que hubiera intermedio cómico, y trajo al tonto Almecina, que era la figura más popular del pueblo y servía de instrumento de diversión al grupo espiritista, de que era presidente el mismo Barajas, aunque, á decir verdad, ninguno de los agrupados sabía ni jota de espiritismo.

El tonto Almecina era una infeliz criatura de cerca de veinte años, que apenas representaba ocho ó diez de puro miserable y revejido que estaba; era cojo y manco, medio ciego y medio sordo y algo tartamudo; su familia lo había abandonado, y él andaba rodando por las calles haciendo reír con sus bobadas, á cambio de las que recogía de sobra para comer; su única habilidad consistía en roer almecinas y tirar los huesos con un canuto de caña con tal tino, que, aunque no tenía más que un ojo medio chuchurrado, donde ponía el ojo ponía el proyectil; de donde le vino el sobrenombre que tenía. Otro de los motivos de su popularidad, además de su desgracia,

era la broma que los espiritistas habían hecho correr, asegurando que Almecina era ni más ni menos que Felipe II. Barajas creía en la metempsicosis, y decía que el alma de Felipe II había transmigrado al cuerpo de aquel niño tonto y lisiado, para purgar en la tierra el mucho mal que había hecho la primera vez que en ella vivió y reinó. Sin duda le daba el corazón que en tiempo de Felipe II él no hubiera podido ser secretario, y de aquí la inquina que le tenía á aquel templado Monarca.

Vino, pues, el tonto Almecina, y Pío Cid, que no sabía nada de él, le sentó en una silla á su lado, y le preguntó que cómo se llamaba.

—Me lla..... lla..... llamo Allll.... me..... me..... mecina.

—Ese es un apodo—dijo Pío Cid.—Te pregunto el nombre y el apellido.

—No lo... lo... lo sé—tartamudeó el tonto.

—Dichoso tú—dijo Pío Cid—que no sabes siquiera cómo te llamas. Y ¿qué es lo que tú haces? ¿Qué eres?

—Yo..... yo..... yo.....—tartamudeó el tonto—soooy Fe..... Fe..... Fe..... lipe se.... se.... segundo.

—Y ¿cómo sabes eso?—preguntó Pío Cid.

—Porque lo..... lo..... icen—contestó el tonto.

—Por lo visto, á ti te han tomado como cosa de juego—dijo Pío Cid.—Bien podían enseñarte algo, que tú no eres tan tonto como

pareces. Vamos á ver, ¿quién es el hombre más pillo de Aldamar?

—Don..... Don..... Don Ramón—repiqueteó el tonto entre las carcajadas de la concurrencia.

Barajas rió también, pero estaba más corrido que una mona, y más cuando Pío Cid se levantó diciendo:

—Me voy á dormir, porque no me gusta divertirme á costa de la infelicidad.

Y, en efecto, se retiró, y cuando subió á su cuarto le dió al tío Rentero una camisa y unos calzoncillos para que mudaran de ropa al tonto, que estaba para que lo cogieran con ternazas.

No tardó en disolverse la asamblea alcohólico-electoral, y entonces salió Barajas á avistarse con el bando contrario. Era cosa decidida que no hubiera elección legal; de haberla, aunque Pío Cid se dedicara á insultar á los electores, habría siempre muchos que votaran por él, porque era hombre de esos que tienen buena sombra.

Barajas propuso el medio hábil para triunfar, que era avanzar tres horas el reloj de las Casas Consistoriales, reunirse á las seis ó antes los amigos de confianza y volcar el puchero, es decir, poner todos los votos presentes y ausentes á favor de Cañaverál. Para que no hubiera duda respecto á la hora, propuso asimismo Barajas una señal segura. Franco-lín, el hermano de Rosarico, era porquero del

pueblo, y recogía todas las mañanas los cerdos para llevarlos al monte mediante una cantidad módica, que era de quince cuartos por cabeza al mes. Antes que rayara el alba salía tocando su bocina por las calles del pueblo, á cuya señal los vecinos daban suelta al ganado. Barajas ideó que el toque de bocina sirviera aquel domingo para convocar á los conjurados, y el pobre Francolín prestó inocentemente un buen servicio á los enemigos del protector de su hermana, por el cual decía él que si tuviera voto votaría cuarenta veces seguidas, aunque tuvieran los marranos que quedarse en el pueblo. Todo salió á pedir de boca, y no eran aún las seis cuando ya estaba reunida la elección, en la que todo el pueblo había votado por D. Carlos, excepto Barajas, que se abstuvo por prudencia inocente. Sin embargo, Pío Cid lo supo todo porque se levantó muy temprano, y al notar cierto movimiento de gente, se asomó á la plaza y vió el reloj que apuntaba cerca de las ocho cuando apenas se veían los dedos de la mano. Volvió á su casa, esto es, á la del secretario, pues por no gustarle las novelorías no había querido cambiar, aunque iba á comer á casa de sus conocidos. Se entretuvo en redactar la receta que había venido elaborando aquellos días, y que en aquel momento le salió de un tirón, y al punto de terminarla oyó que el tío Rentero llamaba á la puerta del cuarto.

—Adelante—dijo;—está abierto.

—Señor D. Pío—exclamó entrando el tío Rentero,—¿sabe su mercé que me paece que nus la han pegao?

—A buena hora se desayuna usted—dijo Pío Cid.—A las seis estaba ya hecho el amasijo.

—¡Y osté se quea tan fresco!—gritó el tío Rentero.

—Espere usted á que vengan noticias de Seronete, y entonces hablaremos—dijo Pío Cid.—Ahora váyase usted á pasear, que creo que sube el secretario.

—Don Pío—entró diciendo éste,—aquí se ha cometido con nosotros un atropello, porque de otro modo no me explico lo que pasa. Pero ¿qué es eso?—preguntó mirando los papeles que Pío Cid tenía sobre la mesa, para ver si era algún escrito relacionado con la elección.

—No es nada—dijo Pío Cid, recogiendo los papeles;—es una comunicación al Observatorio astronómico para que vea qué ocurre en este desgraciado país, porque no comprendo cómo daban las ocho en el reloj del pueblo mucho antes de que saliera el sol. Algún cataclismo nos amenaza, y bueno es vivir prevenidos.

—Es que hoy está nublado—dijo Barajas, que no las tenía todas consigo.

—Está raso como un pandero—dijo Pío Cid,—y el nublado es usted. Si no fuera por consideración á que estoy en su casa, le tiraba por la ventana de un puntapié.

—Yo le juro á usted—dijo Barajas—que no he intervenido en la elección, y si aparece mi voto en ella, que me corten el cuello.

—Hemos terminado la conversación—dijo Pío Cid.—Cuando sepamos lo que ha pasado en Seronete, hablaremos.

A eso de mediodía llegó un propio enviado por D. Félix con una carta para Pío Cid, en la que el notario le daba cuenta de la elección en estos términos casi telegráficos:

«Muy señor mío y muy distinguido amigo: Apenas terminada la elección le envío estas líneas, escritas á la ligera, para decirle que de los 60 votos del censo, 27 han votado por usted y el resto por Cañaverál. La elección, intervenida por mí, perfectamente legal, y don Cecilio se ha portado brillantemente. Celebraré haber contribuído á su triunfo y que honre con su visita á su amigo afectísimo y servidor, que b. s. m.,—*Félix Caro y Fernández.*»

Pío Cid dió la carta al secretario, que estaba presente y se la comía con los ojos, y al dársela le dijo:

—Aunque rebaje usted veinte votos, me quedan bastantes para que usted se quede sin la secretaría.

Barajas devoró el mensaje, lo dejó caer de las manos, comenzaron á flaquearle las piernas, y, por último, cayó de rodillas, diciendo:

—Señor D. Pío, usted es un hombre de corazón y no puede ensañarse en un infeliz que no le ha hecho ningún mal.

—Yo tengo el corazón más duro que una piedra cuando quiero—dijo Pío Cid,—y no me ablandará usted aunque llorara más que Jeremías. No es que me ensañe con usted. Esto lo hago yo con la misma indiferencia con que me comería unos huevos fritos. Lo que quiero es castigarle á usted, y le castigaré.

—¡Me va usted á quitar el pan de mis hijos!
—imploró Barajas más pálido que un muerto.

—Trabaje usted en el campo, que buenos brazos tiene. La región es eminentemente agrícola. Usted no tiene ambición ni se dejaría sobornar por dinero, le reconozco esta virtud; pero con usted no valen ni advertencias, ni consejos, ni sermones, porque está enviciado en esos trapaleos, que le engordan más que el comer; usted no aspira más que á ser secretario y hacer ver su influencia por medio de sus manejos ocultos. Yo le he conocido á usted el punto sensible, y en ese le voy á herir para curarle radicalmente. Le veo á usted como á una zorra que se ha cogido el rabo en una trampa, y en vez de compadecerme me dan ganas de pegarle cuatro palos. Levántese usted y no se humille más, porque cuanto haga es inútil.

Dicho esto, Pío Cid se volvió al mozo de D. Félix y le dijo:

—Tome usted ese duro por el recado, y dígame á su amo que muchas gracias, y que ya voy para allá.

Luego le encargó al tío Rentero que apa-

rejara los mulos y que le esperara á la entrada del camino de Seronete, á la sombra de las tapias del cementerio, adonde él iría después de despedirse de sus amigos.

Poco antes de dejar Pío Cid la casa de Barajas, dicen que se le presentó la mujer de éste, la cual estaba embarazada con la barriga hasta la boca, y gimoteando se hincó de rodillas, con las manos cruzadas, sin acertar á decir ni una palabra.

Pío Cid la levantó y se la llevó á lo más hondo del aposento, y en voz baja le dijo:

—No se sofoque usted, buena mujer, que todo lo que le he dicho á su marido ha sido para meterle miedo á ver si se mejora. Bastara que yo hubiese dormido una noche bajo el mismo techo de ustedes para que, aunque fuesen bandoleros, me guardase de hacerles ningún daño. Pero á fin de que la píldora surta el efecto apetecido júreme usted, por lo que lleva en el vientre, que hasta pasados cinco días no ha de decir á su esposo esto que yo le estoy diciendo.

—Yo se lo juro á usted—dijo la pobre secretaria sin hacérselo repetir.

—Creo en su juramento—dijo Pío Cid,—y ahora sólo me resta encargarle que aconseje bien á su marido, porque lo que hoy es broma pudiera ser veras más adelante si él sigue con sus mañas.

No se sabe si el juramento fué cumplido, aunque se cree que no se había apartado Pío

Cid cien pasos de Aldamar cuando Barajas estaba en el secreto, porque la mujer no tuvo alma para verle sufrir las torturas que el desdichado sufría pensando en la hora fatídica en que la palabra *cese* sonaría en sus oídos como las trompetas de Jericó. También hay quien afirma que no es cierto que se presentase á Pío Cid la mujer del secretario, ni siquiera que estuviese preñada á la sazón, aunque solía estarlo con frecuencia, sino que al llegar Pío Cid á Seronete, el notario, que sabía lo ocurrido porque su criado se lo refirió, le dijo que no debía ser tan duro con el pobre Barajas; entonces fué cuando Pío Cid descubrió que su idea había sido sólo hacer pasar un mal rato á aquel tunante, pero que nunca le quitaría el puesto, porque cualquiera otro que le sucediera sería peor que él, pues la maldad no estaba en Barajas, sino en el país, que cría naturalmente hombres de ingenio fértil, que, faltos de cultura y de buena dirección, se desahogan en las pequeñas intrigas de campanario. Y se dice también que D. Félix envió otro mensaje á Barajas diciéndole que había influído para que Pío Cid desistiera de sus ideas de venganza, y que la secretaría no corría peligro; con lo cual Barajas, agradecido, resolvió al vuelo un expediente que D. Félix había formado para quedarse con ciertos terrenos de realengo que lindaban con otros de su propiedad. Así D. Félix no perdió sus trabajos electorales, y Aldamar salió ganancioso,

porque aquellos terrenos, antes baldíos, fueron metidos en labor por el nuevo propietario. Sea cual fuere la versión que se acepte, lo cierto fué que, después de despedirse de sus amigos, sin permitir que ninguno le acompañara, se encaminó Pío Cid al sitio convenido con el tío Rentero. Antes de emprender el viaje quiso ver por última vez su panteón familiar; y como no era cosa de ir á buscar las llaves, saltó por encima de las tapias del cementerio con tal destreza, que ni siquiera tocó en el caballete. Estuvo un rato viendo el sepulcro, y no rezó ni se entristeció, y sólo se le ocurrió pensar:

—Cuando yo vuelva á este pueblo no seré yo el que venga, sino que me traerán muerto para enterrarme.

Luego volvió á saltar la tapia, se montó en su mulo y echó á andar, mientras decía el tío Rentero:

—Salta su mercé lo mesmo que un tigre.

—¿Usted sabe lo que es un tigre?—preguntó Pío Cid.

—No los he visto—contestó el tío Rentero; —pero se me esfigura que son unas alimañas de las que tienen más juerza.

El camino de Seronete cruzaba lo menos una legua por medio del inmenso cortijo de *Los Castaños*. Pío Cid pasaba por allí como si no conociera el terreno, y el tío Rentero, que lo notó, no pudo contenerse, y después de tragarse la palabra varias veces la soltó al fin y,

limpiándose los ojos llorosos con el pañuelo rameado que para este uso llevaba, dijo:

—¡Válgame Dios, D. Pío, que debe su merecé de tener el corazón de piedra mármol cuando pasa por estos sitios sin que le jaga mella el verlos! Yo no he sío el propietario, y estuve aquí antiyer en lo alto de aquella loma, y cuando vía toda esta dixtensión de terreno, y too de la mejor caliá, cuasi se me enrasaron los ojos en agua. Yo no sé cómo premitte Su Divina Majestá que estas fincas salgan de manos de las güenas familias pa que las arrecujan cuatro agoniosos, que no son encapaces de jacer una virtù á naide.

—Todo tiene su fin en esta vida, y lo que parece malo es mejor á veces que lo bueno—dijo Pío Cid.—Antes había quien usaba humanamente de la propiedad; ahora llegan los que la desacreditan; más tarde vendrá quien la suprime.

—No he comprendío á su merecé—dijo el tío Rentero.

—He dicho que la sociedad, sin saber lo que hace, trabaja para destruir la propiedad, porque para destruir una cosa hay primero que desacreditarla. Hoy la propiedad se va concentrando en manos de ciertos bribones, que pretenden sacar de ella más de lo debido; y este mal traerá algún día un bien, que será que no quede un propietario para un remedio.

—Pero ¿cree osté, D. Pío—preguntó el tío

Rentero asustado,—que se pué vivir sin propeieá?

—¿Cómo que si se puede?—dijo Pío Cid.—Pues ¿yo no vivo sin propiedades, y me va divinamente? Y usted, ¿qué propiedad tiene? ¿No vive usted de su trabajo?

—Eso es verdá—dijo el tío Rentero.

—Su huerta de usted—continuó Pío Cid—mantiene á dos familias: á ustedes, que trabajan, y al amo, que cobra la renta sin trabajar. Supongamos que la huerta es de la ciudad y que ésta cobra la renta. Su amo de usted tendría que trabajar para vivir, con lo que nadie perdería nada, y la ciudad tendría ese dinero y mucho más para emprender grandes obras, en las que tendría ocupación todo el que quisiera trabajar. Así nadie pasaría hambre, y las obras que se fueran haciendo, hechas quedaban.

—Es osté incapaz de golver loco al lucero del alba—dijo el tío Rentero.—Eso que osté dice paece mesmamente el Evangelio.

En este sustancioso coloquio, del que no se dice más que lo apuntado por amor á la brevedad, llegaron á Seronete. Pararon en casa de la Polonia, y de allí fué Pío Cid á la del notario, á quien halló con su mujer, que era una señora algo basta, pero muy guapetona, y con D. Cecilio, el maestro de escuela, comentando la elección, satisfechísimos porque D. Carlos había entrado en Seronete echando sapos y culebras, había abofeteado